

EDICIONES MINIMAS

CUADERNOS MENSUALES DE CIENCIAS Y LETRAS

Directores: Ernesto Morales y Leopoldo Durán

EDGAR POE

LAS CAMPANAS  
Y OTROS POEMAS

TRADUCCION

DE

CARLOS ARTURO TORRES

BUENOS AIRES

1916



EDGAR POE

LAS CAMPANAS  
Y OTROS POEMAS

TRADUCCIÓN  
DE  
CARLOS ARTURO TORRES

EDICIONES MÍNIMAS  
BUENOS AIRES  
1916



Carlos Baudelaire, ese poeta raro y exquisito que cultivó las FLORES DEL MAL en el jardín de Francia, dió a conocer al continente europeo, hace cinco decenios, otro poeta, extraño y genial jardinero, que cultivó también maravillosas flores de ensueño bajo el cielo humoso de las ciudades fabriles y febriles de Norte América. Este poeta, que era a la vez un extraordinario escritor de historias extraordinarias, llamábase Edgar Allan Poe, y había publicado sus poemas y sus cuentos en copiosos magazines y amazcotados periódicos, hurtándole espacio a las estadísticas sobre producción de lanas y exportación de cueros. Pero los hombres de presa no se detuvieron ante aquellos renglones cortos que expresaban cosas efímeras y vagas, ni fijaron

*su atención en esos relatos de sucesos que no acontecían en ninguna parte. El corazón del poeta llenóse entonces de un doloroso desencanto y una tristeza inmensa. Sintióse extranjero en la tierra, refugióse en los paraísos artificiales, y, a los treinta y siete años de su nacimiento, entró en la noche total, sobre el pavimento de una calle y bajo un sudario de estrellas . . .*



LAS CAMPANAS \*\* ULA-  
LUME \*\* ESTRELLAS FIJAS  
DREAMLAND \*\* POEMAS  
DE EDGAR POE, VERTIDOS  
AL CASTELLANO POR CARLOS  
ARTURO TORRES \*\* \*\*

Biblioteca de la Academia Argentina de Letras



## LAS CAMPANAS

### I

Por el aire se dilata  
alegre campanilleo...  
Son las campanas de plata  
del trineo...  
¡Oh, qué mundo de alegría expresa su melodía!  
¡Qué retintín de cristal  
en el ambiente glacial!  
Mientras las luces astrales  
que titilan en los cielos  
se miran en los cristales  
de los hielos,  
y sube la nota única  
como un ágil rima rúnica  
que allá en la noche serena  
va dilatando sus ecos por el último confín,  
y la campanilla suena  
dilín, dilín...  
¡Melodiosa y cristalina  
suena, suena,  
suena, suena, suena, suena  
la nota ágil y argentina  
con metálico y alegre y límpido retintín!

## II

¡Escuchad! Un dulce coro  
puebla la atmósfera toda:  
son las campanas de oro  
de la boda.

¡Qué mundo de venturanza la plácida nota lanza!  
Su voz como una caricia  
o como un suave reproche  
desgrana en la calma noche  
las perlas de su delicia.

Son las áureas notas una fuente de ledó murmullo  
o el enamorado arrullo de la tórtola: la Luna  
en la dormida laguna vierte miradas de plata,  
y en el éter y en las linfas palpita la serenata...

¡Y cómo en el aire flota  
la áurea nota!

¡Cómo brota,  
cual dice la dicha ignota,  
en el balsámico efluvio de noche primaveral!

¡Y cuán dulce y cuán sonoro,

—din dan, din dan—,

es el coro,

—din dan, din dan—,

de la campana de oro,

que en su lengua musical

celebrando está el misterio de la noche nupcial!

## III

¡Turba el nocturno sosiego  
súbita alarma, y entonces  
la gran campana de bronce  
toca a fuego!  
¡Qué terrífica pavura la siniestra nota augura!  
Es desesperado ruego  
desgarrador y tenaz  
al rojo elemento ciego,  
cada instante más frenético, cada instante más voraz!  
En indescriptible pánico  
el cataclismo volcánico  
con raudo impulso titánico  
avanza, la campanada alarido es de terror;  
sigue el bronce, sigue el bronce con su clamoroso estruendo  
diciendo  
cual crece el peligro horrendo,  
cual se inflama  
la llama,  
y la Luna como forma de sangriento tabernáculo  
alumbra el rojo espectáculo  
en su fantástico horror.

Y el bronce alarmante clama,  
clama, clama  
como se extiende la injuria  
del incendio y crece en furia,  
y es ya locura el pavor...

Bajo los cielos escarlatas se extiende inflamado tanto,  
el espanto

en tanto

crece, y sigue la campana de su rebato el clamor.

¡Y en ese rebato armígero,

—dan dan, dan dan—,

crece el estrago flamígero

—dan dan, dan dan—,

al són violento que dan

las campanas de la torre que tocando a fuego están!

## IV

Dobla y dobla lentamente  
negra campana de hierro  
que invita con s6n doliente  
al entierro.

¡Qu6 solemnes pensamientos despiertan esos acentos!  
Del lento y triste sonido  
cada toque, cada nota  
en el vago viento flota  
como doliente gemido,  
y de la noche en la calma  
el melanc6lico s6n,  
siente estremecida el alma  
cual solemne admonici6n.

¡Se desprenden esos dobles l6gubres y funerarios  
de los altos campanarios  
en f6nebre vibraci6n;  
en esos dobles alienta alg6n esp6ritu ir6nico  
que a cada nota que zumba,  
con agrio gesto sard6nico  
rueda implacable y derrumba.  
y oprime con todo el peso de la piedra de una tumba  
el humano coraz6n!

¡Quienes ta6en las campanas de los toques funerales  
no son pobres campaneros, no son sencillos mortales,  
son espectros sepulcrales!

¡Y es el Rey de los espectros quien toca con más tesón!  
Pausado, implacable, lento  
su toque a cada momento  
resuena como un lamento  
pregonando la hora única  
en extraña rima rúnica,  
y parece que sintiera intenso placer diabólico  
en este toque simbólico  
de muerte y desolación.  
—Din dan, ñin don—,  
—din dan, din don—,  
dobla, dobla el són monótono, dobla el toque funeral,  
y el Rey espectro su gozo  
refina en este sollozo,  
en este intenso suspiro  
que en su giro  
remeda el doble augural  
que va recordando al hombre de su existencia el final!  
El toque sigue y no cesa  
y vibra en el alma opresa  
sordamente como un cuerpo que cayera en una huesa...  
—¡Din dan, din don—,  
resuena en el corazón,  
—din dan, din don—,  
de la campana que dobla el lento y lúgubre són!

ULALUME

## I

Los cielos cenicientos y sombríos,  
crespa las hojas, lívidas y mustias,  
y era una noche del doliente octubre  
del tiempo inmemorial entre las brumas,  
era en las tristes márgenes del Auber,  
el lago tenebroso de aguas mudas,  
ante los bosques tétricos del Weir,  
la región espectral de la pávura.

## II

A solas con mi alma, recorría  
avenida titánica y obscura  
de fúnebres cipreses... con mi alma,  
con Psiquis, alma que al misterio turba...  
Era la edad del corazón volcánico  
como las llamas del Yanek sulfúreas,  
como las lavas del Yanek que brotan  
allá del polo en la región nocturna.

## III

Pocas palabras nos dijimos, era como una confidencia íntima y muda; palabras serias, pensamientos graves que la memoria para siempre turban; no recordamos que era el triste octubre, que era la noche (¡noche infausta y única!), no recordamos la región del Auber que tanto conoció mi desventura, ni el bosque fantasmático del Weir, la región espectral de la payura.

## IV

Y cuando la noche ya avanza de estrellas al vago tremer, al fin de la obscura avenida un lánguido rayo se ve, fulgor diamantino que anuncia de fúnebre velo al través, que emerge de nubes fantásticas la Luna, la blanca Astarté.

## V

Y yo dije a mi alma: "Más que Diana ardiente, aquella misteriosa Luna rueda al través de un éter de suspiros; lágrimas de su faz una por una caen donde el gusano nunca muere."



Para mostrarnos la celeste ruta  
y el alma imperio de la paz Letea  
atrás dejó al león en las alturas,  
del león las estrellas traspasando,  
del león a despecho, ora nos busca  
y sus miradas límpidas y dulces  
son las miradas que el amor anuncian.”

## VI

Mas Psiquis dijo señalando al Cielo:  
“La palidez de ese astro me conturba,  
pronto, huyamos de aquí, pronto, es preciso.”  
Y de sus alas recogió las plumas  
con intenso terror, y sollozando,  
presa de pronto de invencible angustia  
plegó las alas, hasta el polvo frío  
lentas dejando descender las plumas.

## VII

Y yo le dije: “Tu terror es vano,  
sigamos esa luz trémula y pura,  
que nos bañen sus rayos cristalinos,  
sus rayos sibilinos que ya auguran  
e irradian la belleza y la esperanza.  
Mira: la senda de los cielos busca;  
sigamos sin temor sus limpios rayos  
que ellos a playa llevarán segura,  
sigamos esa luz limpia y tranquila  
a través de la bóveda cerúlea.

## VIII

Tranquilité a mi Psiquis, y besándola,  
 de su mente aparté las inquietudes  
 y sus zozobras disipé profundas,  
 y convencerle que siguiera pude.  
 Llegamos hasta el fin; ¡ojalá nunca  
 llegara! Al fin de la avenida lúgubre  
 nos detuvo la puerta de una tumba  
 (¡oh, triste noche del lejano octubre!)  
 nos detuvo la losa de una tumba,  
 de legendario monumento fúnebre.  
 ¡Oh, hermana! — dije. — ¿Qué inscripción confusa  
 en la sellada losa se descubre?  
 Respondíome: “Ulalume”, esta es su tumba,  
 ¡la tumba de tu pálida Ulalume!

## IX

Quedó mi corazón como ese Cielo  
 ceniciento, como esas hojas mustias,  
 como esas hojas yertas y crispadas...  
 ¡Ay!, pensé: el mismo octubre fué, sin duda  
 fué en *esa misma noche* cuando vine  
 al través del horror y de la bruma  
 aquí trayendo mi doliente carga...  
 ¡Oh, noche infausta, infausta cual ninguna!  
 ¡Oh! ¿Qué infernal espíritu me trajo  
 a esta región fatal de la tristura?  
 Bien reconozco el mudo lago de Auber,  
 y esta comarca que el horror anubla,  
 y el bosque fantasmático de Weir,  
 la región espectral de la pavura!

ESTRELLAS FIJAS

(TO HELEN)

## I

¡Te ví un punto;  
 era una noche de julio, noche tibia y perfumada,  
 noche diáfana;  
 de la Luna plena y límpida,  
 límpida como tu alma,  
 descendían  
 sobre el parque adormecido gráciles velos de plata;  
 ni una ráfaga  
 el infinito silencio  
 y la quietud preturbaban;  
 en el parque  
 evaporaban las rosas los perfumes de sus almas,  
 para que los recogieras  
 en aquella noche mágica;  
 para que tú lo aspiraras su último aliento exhalaban,  
 como en una muerte extática;  
 y era una selva encantada,  
 y era una noche de ensueños y claridades fantásticas!

## II

¡Toda de blanco vestida,  
 toda blanca  
 sobre un banco de violetas  
 reclinada  
 te veía,  
 y a las rosas moribundas y a tí una luz tenue y diáfana  
 alumbraba,  
 luz de perla diluída  
 en un éter de suspiros y de evaporadas lágrimas!

## III

¡Qué hado extraño  
 (¡fué ventura, fué desgracia!)  
 me condujo  
 aquella noche hasta el parque de las rosas que exhalaaban  
 los suspiros perfumados  
 de su alma!  
 Ni una hoja  
 susurraba;  
 no se oía  
 una pisada,  
 todo mudo,  
 todo en calma,  
 todo en sueño  
 menos tú y yo (¡cuál me agito al unir las dos palabras!)  
 menos tú y yo. De repente  
 todo cambia.  
 De la Luna la luz límpida, la luz de perla se apaga,  
 el perfume de las rosas muere en las dormidas auroras,  
 los senderos se oscurecen,  
 expiran las violas castas,  
 menos tú y yo, todo huye, todo muere, todo pasa...  
 ¡Todo se apaga y se extingue menos tus hondas miradas,  
 tus dos ojos donde arde  
 tu alma!  
 Y sólo veo entre sombras aquellos ojos...  
 ¡Oh, amada!  
 ¡Qué tristezas extrahumanas,  
 qué irreales  
 leyendas de amor relatan!  
 ¡Qué misteriosos dolores,  
 qué sublimes esperanzas,  
 qué mudas renunciaciones  
 expresan aquellos ojos que en las sombras fijan en mí sus miradas!

## IV

¡Noche oscura,  
ya Diana  
entre turbios nubarrones hundió la faz plateada;  
y tú sola  
en medio de la avenida  
funeraria,  
te deslizas  
ideal, mística y blanca,  
te deslizas y te alejas incorpórea cual fantasma;  
sólo flotan tus miradas  
sólo tus ojos perennes,  
tus ojos de hondas miradas  
fijos quedan!  
A través de los espacios y los tiempos marcan, inmarcan  
mi sendero, y no me dejan cual me dejó la esperanza.  
¡Van siguiéndome,  
siguiéndome  
como dos estrellas cándidas,  
cual fijas estrellas dobles en el Cielo apareadas!  
En la noche  
solitaria  
purifican con sus rayos y mi corazón abrazan  
y me prosterno ante ellos con adoración extática;  
y en el día  
no se ocultan cual se ocultó mi esperanza;  
por todas partes me siguen mirándome fijamente  
en mi espíritu clavadas...  
¡Misteriosas y lejanas  
me persiguen tus miradas  
como dos estrellas fijas, como dos estrellas tristes,  
como dos estrellas blancas!

## DREAMLAND

### I

**E**n una senda abandonada y triste  
que recorren tan sólo ángeles malos,  
una extraña Deidad, la negra Noche,  
ha erigido su trono solitario;  
allí llegué una vez; crucé atrevido  
de Thule ignota los contornos vagos  
y al Reino entré que extiende sus confines  
fuera del Tiempo y fuera del Espacio.

### II

Valles sin lindes, mares sin riberas,  
cavernas, bosques densos y titánicos,  
montañas que a los cielos desafían  
y hunden la base en insondables lagos,  
en lagos insondables siempre mudos  
de misteriosos bordes escarpados,  
gélidos lagos, cuyas muertas aguas  
un Cielo copian tétrico y extraño.

## III

Orillas de esos lagos que reflejan  
siempre un Cielo fatídico y huracán,  
cerca de aquellos bosques gigantescos,  
enfrente de esos negros oceanos,  
al pie de aquellos montes formidables,  
de esas cavernas en los hondos antros,  
vense a veces fantasmas silenciosos  
que pasan a lo lejos sollozando,  
fúnebres y dolientes... ¡son aquellos  
amigos que por siempre nos dejaron,  
caros amigos para siempre idos,  
fuera del Tiempo y fuera del Espacio!

## IV

Para el alma nutrida de pesares,  
para el transido corazón, acaso  
es el asilo de la paz suprema,  
del reposo y la calma en Eldorado.  
Pero el viajero que azorado cruza  
la región no contempla sin espantos  
que a los mortales ojos sus misterios  
perennemente seguirán sellados,  
así lo quiere la Deidad sombría  
que tiene allí su imperio incontrastado.

## V.

Por esa senda desolada y triste  
que recorren tan sólo ángeles malos,  
senda fatal donde la Diosa Noche  
ha erigido su trono solitario,  
donde la inexplorada, última Thule  
esfuma en sombras sus contornos vagos,  
con el alma abrumada de pesares,  
transido el corazón, he paseado...  
¡He paseado en pos de los que huyeron  
fuera del Tiempo y fuera del Espacio!



Al literato, diplomático y amigo distinguidísimo

Don MIGUEL VELAZCO Y VELAZCO

DEDICA

esta versión castellana de "El Cuervo"

de Edgar A. Poe,

EL TRADUCTOR <sup>(1)</sup>

NEW-YORK, 1º DE ABRIL DE 1887.

(1) J. A. Pérez Bonalde.

Biblioteca de la Academia Argentina de Letras

## EL CUERVO

Una fosca media noche, cuando en tristes reflexiones,  
sobre más de un raro infolio de olvidados cronicones  
inclinaba soñoliento la cabeza, de repente  
a mi puerta oí llamar:  
como si alguien, suavemente, se pusiese con incierta  
mano tímida a tocar:  
“Es—me dije— una visita que llamando está a mi puerta:  
eso es todo, ¡y nada más!”

¡Ah! Bien claro lo recuerdo: era el crudo mes del hielo,  
y su espectro cada brasa moribunda enviaba al suelo.  
Cuán ansioso el nuevo día deseaba, en la lectura  
procurando en vano hallar  
tregua a la honda desventura de la muerte de Leonora,  
la radiante, la sin par  
virgen pura a quien Leonora los querubés llaman hora  
ya sin nombre... ¡nunca más!

Y el crujido triste, incierto, de las rojas colgaduras  
me aterraba, me llenaba de fantásticas pavuras,  
de tal modo, que el latido de mi pecho palpitante  
procurando dominar

“es sin duda, un visitante—repetía con instancia—  
que a mi alcoba quiere entrar;  
un tardío visitante a las puertas de mi estancia...  
eso es todo, ¡y nada más!”

Paso a paso, fuerza y bríos  
fué mi espíritu cobrando;  
“Caballero—dije—, o dama:  
mil perdones os demando;  
mas, el caso es que dormía,  
y con tanta gentileza  
me vinisteis a llamar,  
y con tal delicadeza  
y tan tímida constancia  
os pusisteis a tocar  
que no oí”—dije—, y las puertas  
abrí al punto de mi estancia;  
¡sombras sólo y...  
nada más!

Mudo, trémulo, en la sombra por mirar haciendo empeños,  
quedé allí, cual antes nadie los soñó, forjando sueños;  
más profundo era el silencio, y la calma no acusaba  
ruido alguno... Resonar  
sólo un nombre se escuchaba que en voz baja a aquella hora  
yo me puse a murmurar,  
y que el eco repetía como un soplo: ¡Leonora!...  
esto apenas, ¡nada más!

A mi alcoba retornando con el alma en turbulencia,  
 pronto oí llamar de nuevo—esta vez con más violencia:  
 “De seguro—dije—, es algo que se posa en mi persiana;  
     pues, veamos de encontrar  
 la razón abierta y llana de este caso raro y serio  
     y el enigma averiguar.  
 ¡Corazón! Calma un instante y aclaremos el misterio...  
     —Es el viento—y nada más!”

La ventana abrí—y con rítmico aleteo y garbo extraño  
 entró un cuervo majestuoso de la sacra edad de antaño.  
 Sin pararse ni un instante ni señales dar de susto,  
     con aspecto señorial,  
 fué a posarse sobre un busto de Minerva que ornamenta  
     de mi puerta el cabezal;  
 sobre el busto que de Palas la figura representa,  
     fué y posóse—¡y nada más!

Trocó entonces el negro pájaro en sonrisas mi tristeza  
 con su grave, torva y seria decorosa gentileza;  
 y le dije: “Aunque la cresta calva llevas, de seguro  
     no eres cuervo nocturnal,  
 viejo, infausto cuervo obscuro, vagabundo en la tiniebla...  
     Dime:—“¿Cuál tu nombre, cuál  
 en el reino plutoniano de la noche y de la niebla?...”  
     Dijo el cuervo: “Nunca más.”

Asombrado quedé oyendo así hablar al avechuecho,  
 si bien su árida respuesta no expresaba poco o mucho;

pues preciso es convengamos en que nunca hubo criatura  
 que lograrse contemplar  
 ave alguna en la moldura de su puerta encaramada,  
 ave o bruto reposar  
 sobre efigie en la cornisa de su puerta, cincelada,  
 con tal nombre: "¡Nunca más!"

Mas el cuervo, fijo, inmóvil, en la grave efigie aquella,  
 sólo dijo esa palabra, cual si su alma fuese en ella  
 vinculada—ni una pluma sacudía, ni un acento  
 se le oía pronunciar...  
 Dije entonces al momento: "Ya otros antes se han marchado,  
 y la aurora al despuntar,  
 él también se irá volando cual mis sueños han volado."  
 Dijo el cuervo: "¡Nunca más!"

Por respuesta tan abrupta como justa sorprendido,  
 "no hay ya duda alguna—dije—, lo que dice es aprendido;  
 aprendido de algún amo desdichoso a quien la suerte  
 persiguiera sin cesar,  
 persiguiera hasta la muerte, hasta el punto de, en su duelo,  
 sus canciones terminar,  
 y el clamor de la esperanza con el triste ritornelo  
 de jamás, ¡y nunca más!"

Mas el cuervo, provocando mi alma triste a la sonrisa,  
 mi sillón rodó hasta el frente al ave, al busto, a la cornisa;  
 luego, hundiéndome en la seda, fantasía y fantasía  
 dime entonces a juntar,  
 por saber qué pretendía aquel pájaro ominoso  
 de un pasado inmemorial,

aquel hosco, torvo, infausto, cuervo lúgubre y odioso  
al graznar: “¡Nunca jamás!”

Quedé aquesto, investigando frente al cuervo en honda calma,  
cuyos ojos encendidos me abrasaban pecho y alma.  
Esto y más—sobre cojines reclinado—con anhelo  
me empeñaba en descifrar,  
sobre el rojo terciopelo do imprimía viva huella  
luminoso mi fanal —  
terciopelo cuya púrpura ¡ay! jamás volverá ella  
a oprimir—. ¡Ah! ¡Nunca más!

Parecióme el aire entonces,  
por incógnito incensario  
que un querube columpiase  
de mi alcoba en el santuario,  
perfumado—. “Miserable ser—me dije—, Dios te ha oído,  
y por medio angelical,  
tregua, tregua y el olvido del recuerdo de Leonora  
te ha venido hoy a brindar:  
¡bebe! bebe cse nepente, y así todo olvida ahora  
Dijo el cuervo: “¡Nunca más!”

“Eh, profeta—dije—, o duende,  
mas profeta al fin, ya seas  
ave o diablo—ya te envíe  
la tormenta, ya te veas  
por los ábregos barrido a esta playa,  
desolado  
pero intrépido a este hogar  
por los males devastado,

dime, dime, te lo imploro:  
 ¡Llegaré jamás a hallar  
 algún bálsamo o consuelo para el mal que triste lloro!”  
 Dijo el cuervo: “¡Nunca más!”

¡Oh, profeta—dije—, o diablo!—Por ese ancho combo velo  
 de zafir que nos cobija, por el mismo Dios del Cielo  
 a quien ambos adoramos, dile a esta alma dolorida,  
 presa infausta del pesar,  
 si jamás en otra vida la doncella arrobadora  
 a mi seno he de estrechar,  
 la alma virgen a quien llaman los arcángeles Leonora!”  
 Dijo el cuervo: “¡Nunca más!”

“Esa voz,  
 oh, cuervo, sea  
 la señal  
 de la partida,  
 grité alzándome: —¡Retorna,  
 vuelve a tu hórrida guarida,  
 la plutónica ribera de la noche y de la bruma!...  
 de tu horrenda falsedad  
 en memoria, ni una pluma dejes, negra. ¡El busto deja!  
 ¡Deja en paz mi soledad!  
 Quitá el pico de mi pecho. De mi umbral tu forma aleja...”  
 Dijo el cuervo: “¡Nunca más!”

Y aún el cuervo inmóvil, fijo, sigue fijo en la escultura,  
 sobre el busto que ornamenta de mi puerta la moldura...  
 y sus ojos son los ojos de un demonio que, durmiendo,  
 las visiones ve del mal;



y la luz sobre él cayendo, sobre el suelo arroja, trunca  
su ancha sombra funeral,  
y mi alma de esa sombra que en el suelo flota... ;nunca  
se alzaré... nunca jamás!

Biblioteca de la Academia Argentina de Letras





**DIRECTORES:**  
**ERNESTO MORALES Y LEOPOLDO DURÁN**

Biblioteca de la Academia Argentina de Letras

# CUADERNOS PUBLICADOS:

## PRIMER SEMESTRE

- |                        |  |
|------------------------|--|
| 1. ALMAFUERTE          | Evangélicas                              |
| 2. RAJINDRANATH TAGORE | Poemas                                   |
| 3. JUAN B. JUSTO       | Labor Periodística                       |
| 4. JUAN PEDRO CALOU    | Breviario de los Tristes                 |
| 5. LAO - TSÉ           | El Libro del Sendero y de la Línea Recta |
| 6. RUBÉN DARÍO         | Cabezas                                  |

## SEGUNDO SEMESTRE

- |                     |                                |
|---------------------|--------------------------------|
| 7. OSCAR WILDE      | Balada de la Cárcel de Reading |
| 8. LEOPOLDO LUGONES | Cuentos                        |
| 9. EDGAR POE        | Las Campanas y otros poemas    |

Cuaderno de próxima publicación:

## PSICOLOGÍA DE LA CURIOSIDAD

por JOSÉ INGENIEROS

### SUBSCRIPCIONES :

Capital, un semestre \$ 1.20 m/n — Interior \$ 1.50 m/n  
" un año " 2.40 " — " " 3.00 "  
Número suelto \$ 0.25 centavos

OFICINAS: **SÁENZ PEÑA, 178** — BS. AIRES

DIRÍJASE LA CORRESPONDENCIA A

**LEOPOLDO DURÁN**